

ACTUAR EN LA ESPERANZA

POR

ANDRÉ FRAMENT.

Después de la exposición de Michel de Penfentenyo, que nos ha presentado un cuadro realista de la situación actual, tengo el encargo de transmitirles la invitación de que actuéis con esperanza.

LA FUERZA ENEMIGA.

En primer lugar, nos ha mostrado la eficacia de la guerra revolucionaria. Esta palabra designa una realidad compleja cuyo análisis revela tres aspectos.

En primer lugar, una guerra ideológica y psicológica, es decir, la subversión, que tiene dos objetivos:

— Primero, la disgregación, la masificación del pueblo en el sentido que Pío XII dio a esta palabra en su mensaje de Navidad de 1944. Por esta masificación, el grupo social que vivía con vida propia, es reducido a un conglomerado amorfo de individuos sin cohesión, que no quieren resistir ya como grupo.

— Segundo, privar a cada individuo, tomado aisladamente, de toda convicción acerca de los valores que debe defender y de toda voluntad de resistencia con el fin de hacer cundir el pánico.

Este tipo de guerra es esencial para la victoria comunista. Khrushchev la llamaba el arma absoluta. Arma que se dirige, sobre todo, a la opinión pública de las capitales del mundo que no está sometida oficialmente al comunismo. Y se puede indicar que la suerte del Vietnam o de Portugal no se ha jugado sobre los "Hauts Pla-

teaux" ni en Angola, se ha jugado en Washington con el Watergate y en Lisboa.

Añadamos que esta guerra sobre las almas que utiliza la "propaganda diabólica", descrita por Pío XI en *Divini Redemptoris*, perdería casi toda su eficacia si fuera más conocida. Por eso, el C. L. C. ha reeditado un libro sobre este tema que debemos estudiar seriamente (1).

Seguidamente observamos un segundo aspecto: la guerra moral, que se propone propagar la corrupción de las costumbres en nuestros países, empleando todo el poder que puede facilitarle la aprehensión de los recursos de los Estados ya vencidos: confusión, droga, lujuria, compromiso. Este tipo de guerra todavía no es suficientemente conocido como tal.

Hay una última opción, la guerra militar, que parece la única verdadera guerra, pero que no hace sino concluir la acción ya preparada en los otros dos terrenos.

QUÉ FUERZA OPONERLE.

Michel de Penfentenyo nos ha invitado seguidamente a tratar de reconstituir la fuerza que necesitamos para hacer frente a las tres formas de esta guerra. Nos ha mostrado que las inteligencias instaladas en el poder, liberales, socialistas, tienen consciencia de que no pueden proponernos sino lo que constituye el cebo del proceso que conduce al horror soviético.

Nada podemos esperar de los poderes de este mundo y, por otra parte, la liturgia nos lo dice: "*Nuestro auxilio está en el Nombre del Señor que hizo el Cielo y la Tierra*".

Ciertamente, la Iglesia atraviesa el camino de la pasión como su Divino Maestro. Jean Madiran nos lo había anunciado y explicado, con diez años de antelación, aquí, en Lausanne: "*Lo que escuchamos ahora, es el ruido de los martillos que golpean en los clavos, los tres clavos de la crucifixión. Luego vemos las tinieblas invadir la tierra. Después, aun los príncipes de los sacerdotes y los sol-*

(1) R. Mucchielli, *La subversión*, C. L. C., 1976.

dados tomaron la precaución suplementaria de empotrar la piedra que cierra la tumba. Empotrarón la piedra y pusieron en acecho a la guardia. Estos signos nos engañan; de una manera o de otra la resurrección está próxima" (2).

Este argumento de nuestra esperanza teológica no es todavía comprensible para algunos de nuestros amigos incrédulos presentes en esta asamblea. Desearían tener, además, razones naturales para esperar. Por eso, es muy importante mostrar que la soberanía de Cristo se traduce en las realidades concretas capaces de detener la guerra revolucionaria e incluso de reconquistar el terreno perdido. ¿Cuáles son esas realidades?

Los medios informativos que nos narran cómo unos obreros portugueses imponen al gobierno revolucionario de Lisboa el regreso de su patrón exiliado, nos muestran unos asideros que nos acaban de ser recordados; que unos obreros de Dunkerque arrancan elementos de la empalizada de su fábrica para volver al trabajo a pesar del piquete de huelga C. G. T.; que unos obreros de la región lionesa secuestraron al inspector de trabajo porque se negaba a aceptar el licenciamiento de la delegada C. G. T. de su fábrica.

Estos procesos están en la misma línea de los campesinos de la Vendée que obligaron a sus jefes naturales a tomar la dirección de su combate contra la Revolución.

¿Os parece que exagero desmesuradamente al valorar esos ejemplos limitados? ¿Pensaréis, que tal vez, otras fuerzas, como el Partido Socialista de Lisboa, podrían haber animado a estos hombres? En opinión, incluso, del periódico *Le Monde*, nada hay de eso. He aquí, en efecto, lo que publicó el 3 de abril de 1976. Habla Nuno, un socialista militante: "*Las gentes no han entendido todavía que el principal enemigo no es el P. C., sino la extrema derecha. Se quiera o no, nosotros, socialistas, sólo somos tolerados. Todavía se nos maneja, pues hemos estado a punto de luchar contra las pretensiones antidemocráticas de los comunistas ...*".

(2) Incluso si no comprendéis la utilidad del magisterio dispensado actualmente por el Soberano Pontífice romano, ¿creéis haber asimilado bien el magisterio de sus predecesores?

"Por eso, Nuno comunica, con sonrisa amarga, que tiene preparadas las maletas, el pasaporte y el dinero para regresar en caso de mal golpe, a Inglaterra, donde ha pasado ya catorce años de su vida".

Si los socialistas hubiesen dirigido verdaderamente la acción victoriosa contra el P. C., ¿estarían descompuestos hasta ese punto?

Como respuesta a la pregunta de "por qué ese pánico de los socialistas", el reportero de *Le Monde* describe, inmediatamente después, lo que ocurre en Río Mayor y amedrenta a los revolucionarios:

"Una coexistencia pacífica, natural y cotidiana, entre gente de pueblo animada por un mismo espíritu de campanario ... En la taberna todo el mundo se conoce y se saluda ... El Procurador de la República reparte su desayuno con el camionero, el pequeño criador de pollos y el oficial del notario ...

"El suelo rico y la ganadería próspera, hace de algunos campesinos verdaderos empresarios y, de la mayoría de los otros, explotadores satisfechos de su suerte ...

"Se comprende mejor que hayan sido los primeros en revolucionarse cuando la llamarada de ocupación de las tierras alcanzó el umbral de su cantón ... Aquí, las cooperativas no son una novedad; modernas y bien administradas, datan del Antiguo Régimen y después no han cesado de prosperar ... La misma fábrica no es ese enemigo lejano que arranca los hijos de los campesinos a la tierra ... da pan a cerca de quinientos obreros respetuosos con los patronos que también barrieron el suelo en su día".

El periodista nos describe, en resumen, un pueblo rico en su fe compartida, en sus lazos sociales, en la comunidad de destino con sus élites naturales, en sus comunidades vivas, personalizadas y personalizantes, que son la fábrica y la cooperativa. Y ese pueblo rechaza vigorosamente al comunismo así como a todo cuanto, de cerca o de lejos, se le parece.

Hoy, esta lección es extraída de la experiencia por un periodista de *Le Monde*. También está extraída de la doctrina social de la Iglesia dada por Pío XII hace cerca de 32 años.

LOS HOMBRES, PARA CONSTITUIR LA FUERZA.

Estas reacciones espontáneas muestran, en estado naciente, la aparición de nuevas élites constituidas espontáneamente con un pueblo alrededor de ellas. Hay que dotar a estos hombres de acción de la doctrina que necesitan para comprender de dónde proceden los males que combaten y para resolver los problemas a los cuales se enfrentan. Os invito a todos para que actuéis en esta obra apasionante. Pero el tiempo apremia, hace falta que hombres capaces pongan mano a la obra antes de que nuestros contemporáneos se vean tentados a hacer otras experiencias desgraciadas, del estilo G. R. E. C. E. *Nouvelle Ecole* (3).

Para tener éxito en esta misión, no solamente es preciso conocer la doctrina y actuar cristianamente en materia económica y social, sino que, además, es necesario aprender el método adecuado para llevar a cabo esta misión.

Esta formación de dirigentes preocupa al "Office". Por eso, organiza estancias cada vez más numerosas. Tenemos el placer de haber participado allí con un número creciente de jóvenes dinámicos, pero harían falta muchos más adultos.

LA ACCIÓN POR REALIZAR.

En espera de esa preparación para el perfeccionamiento tenemos que hacer un aprendizaje, cuando no un trabajo asiduo que realizar. He aquí algunas palabras, a fin de conjeturar cuál es la acción que debemos realizar en nosotros mismos antes de ver cómo tenemos que actuar sobre los otros.

La acción sobre uno mismo.

Si queremos que la doctrina aparezca con todo su atractivo, debemos mostrar qué realizaciones concretas permite. Para ello, de-

(3) Cf. *Permanences*, núm. 101: «Les nouveaux barbares», y núm. 121: «La thèse du christianisme-poison» (cfr. en castellano en este mismo número de *Verbo*).

bemos conocer la doctrina y ser competentes en nuestra vida profesional. Además, hay que aplicar la doctrina. Juan XXIII lo pidió en la *Mater et Magistra*.

“En el ejercicio de una función tan noble [la de «nuestros hijos del laicado que en virtud de su estado de vida se hallan habitualmente ocupados en el desenvolvimiento de actividades y en la creación de instituciones de contenido y finalidad temporales»] no sólo sean profesionalmente competentes y ejerzan sus actividades temporales según las leyes naturales que conducen con eficacia al fin, sino que también es indispensable que, en el ejercicio de dichas actividades, se muevan en el ámbito de los principios y directrices de la doctrina social cristiana ...”.

Dicho de otro modo, debemos ser capaces de traducir la doctrina a términos concretos, de saber colocar la doctrina sobre el raíl. Esta necesidad se refleja también en una carta de Michel de Penfentenyo a Jean Ousset, citada en el librito *los Arguments de notre espoir*:

“Los dirigentes no solamente deberán estar dotados de una buena formación doctrinal sino que también de poderes efectivos de competencia, incluso aureolados, si puede decirse así, del prestigio de los muchos servicios prestados”.

Para tener más éxito en ese trabajo, tenemos que protegernos contra la intoxicación de la propaganda comunista. No abusemos, pues, de los *mass media*.

Cultivemos nuestras facultades superiores con la ascesis, la oración, los ejercicios espirituales. Pidamos a Dios los siete dones del Espíritu Santo y supliquémosle que se digne hacer crecer en nosotros la FE, la ESPERANZA y la CARIDAD. Hoy no tendríamos excusa de no sentir esa necesidad, incluso en el plano temporal.

Cultivemos, también en nosotros, las virtudes de la fortaleza, la templanza, la justicia y la prudencia. Un buen catecismo nos mostrará lo que estas virtudes implican. Algunos descubrirán, quizás, que la prudencia, por ejemplo, es la virtud por la cual buscamos los medios convenientes para que la acción resulte bien hecha de todas las maneras.

Para ejercitar estas virtudes en todos los planos de nuestra vida profesional, familiar, social, cívica, las reforzaremos en nosotros mis-

mos. Así nos ayudarán a merecer la confianza de aquellos a quienes hablemos, de aquellos en quienes queremos influir.

La acción para con los otros.

Tenemos que obedecer las órdenes de Cristo que, como a Pedro antes de la pesca milagrosa, nos dice: DUC IN ALTUM: VE A DISTANCIA, ve hacia los que están lejos o que se creen lejos. Y esta orden la dirigió a un Pedro desalentado: *"Señor, hemos trabajado en vano toda la noche sin coger nada; pero por vuestra palabra echaré las redes"*.

Reanudar el diálogo.

En primer lugar, tenemos que aprender a reanudar el diálogo. Demasiado a menudo somos, en efecto, incapaces de transmitir nuestra doctrina de salvación a causa de lo que yo llamaría aquí el "muro del vocabulario".

Las palabras revolucionarias tienen todavía, ya lo sabéis, una resonancia favorable entre nuestros contemporáneos. Las nuestras no se benefician de la misma ventaja, aun habiendo alcanzado algunas victorias. Así, los P. C. occidentales hablan de "libertades", de "grandeza nacional", para tratar de enturbiar la percepción, cada vez más clara, de la esclavitud a que someten a personas y naciones. Pues bien, es posible utilizar en este punto nuestra ventaja y explicar cuáles son las libertades concretas: las de poseer bienes, incluso de producción, de enseñar a los hijos, de desplazarse, de emprender algo, etc.

Nosotros, de igual manera, deberemos hablar del interés nacional y, por lo tanto, de la repulsa correlativa de lo que puede lesionarle; repulsa, en primer lugar, de la lucha de clases, de la inmoralidad, del aborto; y debemos decir que, en esta circunstancia, el mismo P. C. ha sido el apoyo de un gobierno que sin una colaboración verbal, habría fracasado. Un revolucionario dijo en otro tiempo:

"Hacerles tragar la palabra, nosotros les haremos tragar la cosa". A nosotros nos toca hacer otro tanto.

En la mayoría de los casos, hay que atravesar el "muro del vocabulario" para hacer llegar nuestro mensaje. Como decía San Exupéry: *"Hay que saber hablar a los hombres"*.

Los recientes trabajos del "Office" tienden a desarrollar ese arte de saber hablar a los hombres de nuestro tiempo.

El método inductivo.

No tenemos que pelearnos por las palabras. Debemos propagar la verdad. Esto puede imponernos la renuncia a no utilizar sino nuestro vocabulario especializado. El muro impediría el paso de nuestro mensaje. Por otra parte, es evidente que tampoco debemos utilizar la jerga del adversario. Hay que encontrar un lenguaje que ayude a descubrir las realidades con palabras sencillas. El Evangelio es, en este género, una obra maestra.

Cuando las realidades ya sean conocidas, comprendidas y asimiladas, podremos reemplazar las perífrasis por la palabra adecuada.

Permitidme un ejemplo personal:

Enseñé a un ayudante de la Facultad que se creía "autogestionario", cómo se podían descentralizar los poderes en su universalidad. Yo aplicaba, sin decírselo, el principio de subsidiariedad. Este principio, como sabéis, pone las estructuras sociales al servicio de los hombres, buscando atribuir el máximo de responsabilidades y poderes —y, por lo tanto, de libertades— al nivel más bajo posible. Interesé así a mi interlocutor. Enuncié entonces el principio y él me aprobó. Cuando le di su nombre, me declaró: "Yo llamo a eso autogestión".

Me parece poco probable que ese hombre hubiese llegado a descubrir por sí solo el principio de subsidiariedad. Había sentido su necesidad, lo adivinaba. ¡También lo aceptó voluntariamente cuando le fue propuesto! Cuando le dejé, le recomendé que comprobase que la autogestión no estaba ordenada bajo la forma del principio de subsidiariedad.

Ejemplos análogos son muy numerosos. En consecuencia, debemos prestar atención a nuestros interlocutores; seamos diligentes en escuchar, lentos en hablar, remisos para la cólera (4).

Busquemos la inteligencia en las conversaciones que mantengamos. Inteligencia quiere decir ver *el interior, dentro*. Si las fórmulas empleadas tienen resonancias revolucionarias, sepamos pedir a nuestro interlocutor que explique su idea. Si esas explicaciones no revelan una posición ortodoxa, preguntémosle qué experiencia le condujo a esa conclusión.

Así, pues, si nuestra formación doctrinal la hemos meditado convenientemente, tal vez podremos, o bien encontrar un sentido aceptable a su proposición, o bien darle una formulación más completa de su experiencia. La aceptará. Evidentemente no lo habremos convertido, pero le habremos ayudado a progresar en el conocimiento de lo real, o sea en el de la verdad.

Le interesaremos mucho más en "su" progreso que en nuestras palabras. Acabaremos por valorizarnos a sus ojos cuando le hayamos hecho progresar a menudo. Habremos liberado su memoria de la influencia de las palabras revolucionarias.

Este método inductivo es particularmente fructífero con quienes tienen experiencia de las responsabilidades: las élites naturales. El crecimiento del CERC y del CEE, por ejemplo, en los medios industriales, y del CETIAR en los medios agrícolas, lo prueban (5).

Los responsables inducidos a reflexionar acerca de sus experiencias, encuentran capítulos enteros de la ley natural a poco que hayan recibido los conceptos de ésta, que les permiten analizar correctamente los acontecimientos que han vivido. Su espíritu se aclara y sus comentarios son, a menudo, entusiastas. Ejemplo: "Al fin, comprendo verdaderamente lo que ha pasado ...".

Pero, diréis, eso presupone una buenísima asimilación de la doctrina. ¡Es verdad! Tenemos que meditarla, asimilarla de manera que

(4) Cf. Santiago, Ep., I, 19.

(5) —Centro de Estudios y de búsqueda de Cuadros Directivos —Centro de Estudios de las Empresas —Centro de Estudios y de Iniciativas Agrícolas y Rurales.

se traduzca en actitudes presentadas con elegancia, facilitadas por un gesto que resulte espontáneo. Este método implica la adquisición no de un esqueleto doctrinal, sino de un cuerpo de principios enraizados en lo real que los verifica y los enriquece.

El arraigo de los grandes principios en la realidad constituye la cultura. Gustave Thibon ilustra la cultura cristiana con estos relatos.

El método histórico.

Este método inductivo se apoya en el conocimiento de los hombres y en su experiencia vivida. Puede generalizarse sin esfuerzos dolorosos considerando los acontecimientos de actualidad y viendo, incluso, los de la historia.

Habrà que extraer lecciones de los acontecimientos. Mostrar, a través de ellos, la fecundidad, la eficacia de tal o cual punto de doctrina cuando es respetado o aplicado, y, recíprocamente, la nocividad de tal error de concepción cuando inspira, consciente o inconscientemente, las acciones a los personajes de la historia.

Tales demostraciones no están reservadas a los historiadores. Se dirigen a todos con la condición de presentar todos los elementos de información con un sistema que ilumine, a la vez, el encadenamiento de los hechos y la inteligencia de quien los percibe.

Así, la historia social de Francia desde 1789 muestra cómo la legislación de inspiración revolucionaria ha originado, literalmente, la explotación de los obreros, en el siglo XIX, y, luego, la orientación sindical hacia la lucha de clases. Millares de oyentes, desde todos los puntos del horizonte político, nada han sabido encontrar que sea revelador en esta demostración tanto en el plano de su objetividad, como en el de sus conclusiones.

Una apologética de esta clase, basada en la historia, no pretende ser un sistema de explicaciones sino una manera de comprensión lo más objetiva o, incluso, lo más cuantitativa posible. Ejemplo:

Un historiador cuenta 4.000 ejecuciones capitales en España durante los 330 años de existencia de la Inquisición.

Taine anota 500.000 muertes en las provincias francesas del

Oeste durante la Revolución Francesa. Y dice que hay que añadir a esta cifra las masacres de París, Lyon, Toulouse, Nantes, etc.

Los nazis exterminaron 10.000.000 de víctimas durante la duración de su poder sobre Alemania, o sea en alrededor de diez años.

A. Peyrefitte informa que los comunistas reconocen oficialmente haber liquidado 50.000.000 de chinos en sus veinticinco años de ocupación de China (6).

La comparación de estas cuatro cifras es elocuente por sí misma. Por tanto, es casi inútil añadir que en la Edad Media, sólo el poder temporal era responsable de las ejecuciones capitales. Villon da su testimonio escrito en esta balada:

*Y Juana la buena lorenese
que los ingleses quemaron en Rouen.*

Este método de constantes históricas puede revelarse útil para la apología de la Iglesia, juzgada así a través de obras y no por lo que han dicho quienes la condenan, precisamente porque pretenden que se aleja de la ley moral propuesta por nuestra misma Santa Madre.

Jean Ousset en el folleto *Pagaille dans l'Eglise ou Mystère de la Croix* (7) resalta las realidades históricas que expresa con estas palabras:

"Iglesia, fuente de santidad en la vida privada.

"Iglesia, fuente de civilización, de orden y de paz en la vida pública.

"Madre de los santos, madre de las vírgenes, madre de los mártires, madre de los apóstoles, madre de los doctores, madre de los monjes roturadores, agricultores y constructores.

"Madre de los libertadores de esclavos, madre de los que curan a los enfermos, madre de los hospitales, madre de los huérfanos, madre de los refugiados, madre de los colegios, madre de las universidades.

(6) «Quand la Chine s'éveillera, le monde tremblera», Fayard, 1973. Cf. *Permanences*, núm. 119, abril 1975, págs. 81-83.

(7) Cf. en castellano «¿Confusión en la Iglesia o misterio de la fe?», en *Verbo*, núm. 31, págs. 5-15 (nota del traductor).

"Madre de la dignidad de las familias, del respeto a la mujer, del espíritu caballeresco.

"Madre y maestra de los pueblos con encíclicas sociales, madre protectora de las artes, madre del gregoriano, de nuestras basílicas, de nuestras catedrales ...

"Madre de las dos Teresas, madre de Francisco, de Buenaventura, de Tomás, de Ignacio, de Javier, de Vicente ...".

¡Si supiéramos hacer comprender todo lo que contiene este mensaje!

Con el método de constante histórica, enriquecemos el recuerdo e iluminamos la inteligencia de nuestros contemporáneos.

El método para consolidar.

Considérese también la actualidad. Comprobaremos, por ejemplo, que la autoridad es atacada en las empresas, en los colegios, las universidades, en el ejército, por quienes dicen ser marxistas-leninistas, trotskistas, maoístas, giscardianos, etc.

Así, pues, la autoridad es atacada ... ¡en nombre de la autoridad! O dicho de otro modo:

¡Abajo la autoridad establecida!

¡Viva la autoridad que voy a poner en su lugar!

Así, pues, el principio de autoridad nunca ha sido tan impugnado y, a la vez, tan deteriorado. Comprobamos también que la autoridad de cada jefe —sea quien sea— es reconocida por sus partidarios, porque él ha fundado su grupo social, porque les parece el más capaz de hacerles más eficaces en su acción.

Así, pues, el conflicto actual es un conflicto de autoridades y si la autoridad establecida dimite, favorece la autoridad adversa.

El descubrimiento del papel permanente que tiene la autoridad de servir a los hombres, ha hecho comprender la importancia de su papel a las élites naturales de la sociedad, a los dirigentes de las empresas, por ejemplo.

Volviendo a encontrar las convicciones que les faltaba para cumplir los deberes a su cargo, han vuelto a encontrar la voluntad para asumir bien su papel.

Así, pues, puede ser reforzada una voluntad incluso cuando se halla herida por la subversión.

Estos métodos de aproximaciones inductivas, históricas, de constataciones extraídas, permiten renovar el diálogo y volver a encontrar el alma y el corazón de nuestros contemporáneos. Ahora bien, tenemos que ponerlos en práctica.

RECONSTITUIR UN PUEBLO.

Para esto os invitamos a otro género de trabajo, también basado en la iniciativa personal: se trata de promover la reconstitución de un verdadero pueblo. Este trabajo se llama, también, de "acción capilar"; y desemboca normalmente en la reconstitución de redes humanas y en la fundación de células vivas.

Este trabajo ha probado su fecundidad y su eficacia. En Portugal, los amigos que habían asimilado correctamente el principio y que lo han puesto en práctica, se han mantenido en medio del hundimiento casi general. Han llegado a guardar primero y luego a extender en seguida su zona de influencia.

La acción capilar.

La acción capilar es, en cierto modo, la sistematización de una diligencia espontánea: de ir a ver a alguien para pedirle que haga por nosotros lo que no hemos podido realizar nosotros mismos.

Lo que se hace a nivel de los más humildes intercambios de servicio, se puede hacer también a nivel de una acción de reconquista social.

Pero eso exige cierto conocimiento del otro —diréis vosotros—. Es cierto. Por eso, el "Office" pone a punto fórmulas del estilo de la que he tratado de presentaros. Tienden a romper una especie de conspiración del silencio mantenida acerca de todos los temas fundamentales, políticos, filosóficos, religiosos. Hablar de estos temas, sin atolondrarse, permite conocer a los hombres y restablecer sus ideas.

El silencio de los mejores sobre estas cuestiones explica la propagación de los errores. Cómo podemos pretender merecer las libertades si no ejercemos la más elemental, la de propagar nuestra fe.

San Pablo, ni aun estando prisionero, no se calló; si no, ¿cómo hubiese convertido a su guardián?

Así, pues, esta acción debe empujarnos hacia los que están lejos o creen estarlo. Cada uno de nosotros debe ser un motor, sin esperar la consigna o la orden. Pues nosotros no somos manipulados. Somos libres, tenemos la única y verdadera libertad, la de los hijos de Dios. La acción capilar permite tejer el nuevo tejido social.

Comenzaremos por intercambiar las informaciones, es decir, "*los hechos cuyo conocimiento es útil o necesario a la persona para integrarla a la sociedad en cuanto miembro de la sociedad, en cuanto tiene que actuar en esa realidad social*" (Louis Salleron).

Una amiga maestra, aislada en un establecimiento fuertemente controlado por un sindicato revolucionario, puede, gracias a "sus pequeñas antenas" —como ella dice—, hacer cara a su directora cuando esta última trata de ir más allá de sus poderes reglamentarios para ejercer presiones ideológicas.

La constitución de redes.

El expuesto sólo es el primer paso de la acción capilar. Progresivamente, nos harán un cierto número de preguntas de manera más o menos directa. Reparemos en ellas cuando están implícitas. Si la pregunta entra dentro del marco de nuestra competencia, demos directamente la respuesta. Probablemente, ya que no somos universales, tendremos que recurrir a alguien que, a su vez, podrá servir eventualmente de intermediario ante una persona más competente.

La "oficina de redes" del "Office" fue constituida para ayudarnos y para ponernos en contacto con personas capaces de responder a vuestras necesidades. Hay que hacerla funcionar.

Un ejemplo para ilustrar mi propósito.

En un pueblo, una abonada a *Permanences* indicó la "oficina de redes" a una de sus amigas inquietas por mejorar la calidad del

catecismo para sus hijos. Un animador tomó contacto con las dos damas para reunir las veinticinco personas que, en ese pueblo, se interesaban en la cuestión y se conocieron. En el curso de la reunión, se demostró a las damas que el problema del catecismo es una parte de un problema mayor y que, por lo tanto, también es conveniente dirigir una acción de formación cívica de los jóvenes, en los colegios, en las empresas.

Estas damas organizaron entonces una reunión para los maridos que desembocó en la realización de cursos de formación religiosa en el interior de las empresas.

La acción combinada de un abonado y de un animador ha permitido reforzar los lazos sociales entre personas que ciertamente se conocen, pero que quizás no habían considerado antes la conveniencia de un trabajo coordinado acerca del plano cívico. Además, han quedado así creados nuevos lazos entre el *Office* y esta ciudad.

Los amigos que, en ella se unen para trabajar mejor, forman una red que es consecuencia directa de la acción personal del abonado.

Tales redes pueden alcanzar los medios más diversos, pues en nuestros países las separaciones entre cada medio no están perfectamente establecidos. Así, fue un estudiante quien permitió al *Office* crear la red parlamentaria que se constituyó para luchar contra la introducción legislativa del aborto en Francia.

Cuanto más trabaja la red, más refuerza su cohesión y más se desarrolla en el exterior. Una red es, en resumen, el aliciente, el germen de la reconstitución de un pueblo organizado, viviendo su propia vida (los recíprocos intercambios de servicios); es, como consecuencia, la desaparición de la masa amorfa, de la "disociedad" —como dice Marcel De Corte—, masa que es la víctima obligada del Estado o de la organización totalitaria más fuerte.

La reconstitución de un pueblo, a partir de la masa, es una acción no dialectizable ni dialectizante. Es la mejor garantía contra el totalitarismo. Lo vimos en Río Mayor.

Orientar la acción de las redes.

Todavía existen muchas redes humanas en Francia. No todas están en relación con el "Office". Deberéis vivificarlas y orientar sus preocupaciones hacia dos objetivos complementarios:

1. Volver a dotar al laicado cristiano de todos los medios, de todos los instrumentos que le son necesarios para establecer plenamente su poder temporal.

2. Debilitar y disgregar los instrumentos del poder temporal de la Revolución.

Dentro del dominio de la información, por ejemplo, comentemos los libros interesantes.

Hablemos a nuestro alrededor de las revistas amigas y próximas. Testimoniémosles también nuestro interés no solamente por el abono, sino también por el envío de críticas constructivas, sugerencias, etcétera.

Felicitemos a los periodistas que dan informaciones interesantes.

Escribamos a los periódicos menos malos para protestar contra sus mentiras, sus errores o sus prejuicios eventuales.

Organicemos el boicot a los periódicos y revistas que trabajan para la subversión. Que quienes tengan poder para ello hagan que cese la publicidad en los medios más revolucionarios. Incitemos a los nuestros a hacer otro tanto.

En el terreno de las empresas hagamos revivir normalmente la estructura jerárquica y hagamos caer en desuso, tanto como podamos, las organizaciones revolucionarias. Mientras dependa de nosotros, actuemos de manera que la fábrica se convierta en un organismo viviente y personalizante y que cese de ser una máquina masificadora.

Cada uno de nosotros puede imaginar diferentes acciones. Los *stands* del "Office" están a vuestro servicio para ayudaros a encontrar vuestra solución concreta personal ...

Para juzgar la acción decidida, os propongo dos criterios. Puede que haya otros. La acción es constructiva si:

1. Cualquiera que sea el momento en que la descubra el enemigo (antes, durante, después) no pueda producir el efecto *boomerang*,

es decir, que no ocasione estragos superiores al bien efectivamente realizado.

2. Es siempre progresiva, es decir, que puede ser abandonada durante un tiempo más o menos largo sin comprometer el equilibrio de lo que todavía se mantiene, de lo que ha sido ya reconstruido por otra parte e, incluso, en caso extremo, sin comprometer la parte ya realizada del trabajo emprendido.

Las células.

Para dirigir esta acción, hace falta un cierto sentido de la iniciativa. Jean Beaucoudray distingue este sentido en cinco elementos que enunció sucesivamente, por no saber clasificarlos por orden de importancia:

1. El sentido de los hombres: nos indica lo que se puede esperar de una persona determinada.

2. El sentido de la doctrina: nos hace reconocer en el interlocutor los elementos de verdad que posee y con los que podemos luchar juntos.

3. El sentido de lo posible, que nos impide sumergirnos en discursos vanos o en la pereza, nos hace ver qué acción es posible aquí y ahora y, por consiguiente, nos permite aprovechar las ocasiones. Es el sentido que nos hace extraer lecciones de las experiencias, favorables o no.

4. El sentido de los objetivos: nos permite definir de manera realista la sucesión de etapas de nuestra acción. Si somos perseverantes, conseguiremos al final un resultado que inicialmente estábamos lejos de alcanzar.

5. El sentido de los medios, de las instituciones, que nos hace utilizar en primer lugar, preferentemente, lo que ya existe. Eventualmente, nos hace utilizar como fundamento la institución adaptada al fin propuesto. En todos los casos, nos hace conseguir los medios que, por su misma existencia, transforman los incidentes en circunstancias favorables a explotar.

¿Dónde se conseguirá la educación de los cinco sentidos de la acción, sino en las células? La célula representa, a la vez, un germen de hombres formados (hay gérmenes más o menos vivos) y, en un determinado nivel, un colegio de aprendizaje para la acción en el nivel superior. Esto vale en todos los niveles de la vida social: desde la célula que prepara los *dossiers* de un consejero municipal hasta la que preparó con informaciones sólidas las redes parlamentarias que lucharon contra la legislación del aborto.

De una manera general, el amigo que asuma responsabilidades profesionales, sociales, políticas o cívicas, debería poder apoyarse en una célula para prepararle los estudios, cuando no tenga quizás ni competencia ni tiempo para estudiarlos correctamente. Procediendo así, la célula origina un intercambio de servicios, estrecha los lazos sociales, contribuye a reconstituir el pueblo. Prepara, también, a los participantes de la célula para trabajar a un nivel superior.

Este método se basa en la iniciativa personal orientada a reconstituir las redes humanas y a fundar las células vivas. Es el único medio fuerte, el único importante, el único verdaderamente rápido si consideramos que una acción política elemental exige ser dirigida durante varios años.

CONCLUSIÓN.

Como hemos visto, la Revolución no progresa más que en la medida en que consigue reducir los pueblos a masas, por la destrucción dialéctica de los grupos sociales, por la desorganización de la vida social, por la nivelación de los hombres.

La acción a la que estamos invitados es totalmente opuesta. Es la única respuesta política a la Revolución. Nosotros construimos donde ella destruye; coordinamos donde dialectiza; organizamos y jerarquizamos cuanto masifica y nivela.

Nuestra acción, respetando las leyes naturales, es mucho más cómoda, más eficaz que la acción burocrática y centralizada del enemigo. En otras palabras, podemos construir con más rapidez que él destruir.

Para reconstituir al pueblo, debemos volver a saber hablar a

nuestros hermanos contemporáneos en la lengua simple y clara, cuyo ejemplo y secreto nos da el Evangelio. Renovaremos los hilos del tejido social para hacer funcionar las estructuras vivas jerarquizadas. Lucharemos por dotar al laicado cristiano de todos los instrumentos del poder temporal; para hacer perder toda su eficacia a los medios subversivos.

Debemos tener todas las iniciativas convenientes y manifestar una perseverancia suficiente para aniquilar a éstos. Nuestro número y nuestra variedad bloquearían la pesada máquina totalitaria.

Seamos en la vida política, económica y social, esos millares de pequeños patronos que Lenin consideraba tan difíciles de vencer. Así la esperanza animará a nuestro grupo. El combate resultará profundamente modificado. Las menores ocasiones serán explotadas tanto más eficazmente cuanto más hayan sido previstas, preparadas e incluso provocadas.

Esta acción se halla a nuestro alcance cualesquiera que sean nuestros dones, nuestra profesión, nuestras responsabilidades sociales. Consagremos todas nuestras energías con alegría. Vayamos a lo ancho, conseguiremos la pesca milagrosa anunciada por Cristo a los que, por orden Suya, hayan echado las redes. Si la enseñanza de la Iglesia guía verdaderamente nuestros pensamientos, nuestras palabras, nuestras acciones, alcanzaremos la victoria: el restablecimiento de la realeza social de Nuestro Señor Jesús, el Cristo-Rey.